
VIOLENCIA Y DEPORTE: REVISIÓN CONCEPTUAL

ANTONIO HERNÁNDEZ MENDO
MARIBEL MOLINA MACÍAS
FINA MAÍZ RODRÍGUEZ
Universidad de Málaga

e-mail: mendo@uma.es

RESUMEN

La violencia es un tema que ha sido abordado por numerosas disciplinas científicas como la sociología, biología y psicología. Sin embargo, la violencia que se produce en el contexto deportivo no ha recibido tanta atención. En el presente artículo se recogen las teorías y modelos que describen y explican este fenómeno tan actual.

En la Escuela de Leicester, Norbert Elias lleva a cabo un estudio sobre el proceso civilizador, encontrando que la violencia en el deporte es el único tema que no encaja en su teoría. Eric Dunning (1986) continúa el trabajo de Elias, investigando con más profundidad las características de los individuos que llevan a cabo estos comportamientos delictivos.

El Modelo Psicosocial de John Kerr (1994) permite explicar los comportamientos violentos. El trabajo de John Kerr (1994), epistemológicamente, es un programa de investigación lakatosiano en el que se integra la teoría de la Inversión de Apter (1982, 1989) para explicar la motivación subyacente a los comportamientos violentos y el Modelo de Manipulación del Tono Hedónico de

ABSTRACT

The individual violence is a topic that has been deeply studied from different perspectives such as sociological, biological and psychological. However, not so much attention has been paid to the violence that is produced into the sports context. Three models that describe and explain this phenomenon are collected in the present article.

First, the Leicester's Model in which Norbert Elias carries out a study about the civilizing process, finding that the violence in sports is the only topic that does not fit with his theory. Second, Eric Dunning (1986) continues with Elias' work, investigating in more depth the characteristics of the individuals that carry out these criminal behaviours.

Finally, the Psychosocial Model (Kerr, 1994) explaining the violent behaviours. From an epistemological view point, it is a Lakatos' research program that integrates the Theory of Reversal (Apter, 1982, 1989) –for the explanation of the underlying motivation of the violent behaviours– and the Hedonic Tone Management of Addiction (Brown, 1991) that allows to

Brown (1991) que permite establecer las estrategias a seguir en una posible intervención.

establish the strategies to follow in a possible intervention.

PALABRAS CLAVE

Violencia en el deporte, agresión, estados metamotivacionales, arousal.

KEY WORDS

Sport Violence, aggression, metamotivational states, arousal.

INTRODUCCIÓN

La conceptualización de la violencia y sus orígenes es compleja y repleta de matices. Una de las primeras matizaciones es diferenciarlo del concepto de agresión, en su definición, la violencia aparece como el componente físico de ésta. Consideramos razonable comenzar ofreciendo una definición del concepto de agresividad y agresión, así, como su tipología, para finalizar esta introducción con la definición y clasificación de la conducta violenta y su diferenciación con otro tipo de conductas, como las conductas asertivas.

La agresividad es una emoción con una función adaptativa para todas las personas, se trata de un rasgo admirado en nuestra sociedad, de modo que solemos pensar que aquellas personas que trabajan duro para llegar a tener éxito, altamente motivados y ambiciosos, son personas agresivas que no llegarían hasta ahí sin esa agresividad, este tipo de agresión se denomina agresión prosocial. Cuando esta emoción no responde a su función adaptativa se considera agresión antisocial ya que este tipo de agresión da lugar a dolor y sufrimiento en otras personas. La agresión se puede definir como la imposición de un estímulo aversivo, físico, verbal o gestual de una persona a otra. La agresión no es una actitud sino un comportamiento que refleja un intento de causar daños (LeUnes y Nation, 1989). Para que un comportamiento sea considerado agresivo debe estar dirigido contra un ser vivo, con intención de causar daño y con una expectativa razonable de éxito. Quedaría, por tanto, excluida la violencia destructiva dirigida hacia un objeto inanimado (p.e. una puerta), un daño no intencionado a otra persona y comportamientos agresivos sin posibilidad de daños a otra persona.

A lo largo de los años, se han identificado dos tipos básicos de agresión: agresión hostil y agresión instrumental (Baron, 1977). Estos dos tipos de agresión se distinguen en términos de sus reforzadores primarios, o en función de los objetivos que persigan con el acto cometido. Sin embargo, en ambos casos, la inten-

ción es dañar a otro ser humano. En esencia, la agresión es primariamente un comportamiento aprendido que resulta de una interacción entre individuos con su medio social durante un tiempo (Bandura, 1973). Si no es éste el caso, el comportamiento no es agresión (Bandura, 1973; Berkowitz, 1962; Silva, 1980a, 1980b). En las *agresiones hostiles*, la meta primaria es dañar a otro ser humano. La intención es hacer que la víctima sufra, y el refuerzo es el dolor y el sufrimiento causado. Este tipo de agresión va siempre acompañado de sentimientos de ira (o rabia) por parte del agresor. Otros términos que han sido usados para la agresión hostil incluyen agresión reactiva (Silva, 1979). Las *agresiones instrumentales* también intentan dañar al objetivo, sin embargo, la meta no es observar el sufrimiento de la víctima, pero si recibir alguna otra recompensa externa o meta (dinero, victoria poder o prestigio). El agresor ve el acto agresivo como un instrumento para conseguir su meta primaria. Alcanzar esta meta refuerza el comportamiento agresivo.

Violencia se refiere específicamente al componente físico de la agresión. Para Tenenbaum (1997) podemos definirlo como un comportamiento para producir daño teniendo en cuenta que no existe una relación directa con la meta, y relacionada, con incidentes de agresión descontrolada.

Echeburúa (1998) diferencia la conducta violenta de dos formas distintas, para este autor existe una *violencia expresiva*, que estaría motivada por sentimientos de ira, caracterizada por una dificultad en el control de impulsos o en la expresión de los afectos, y la *violencia instrumental*, esta planificada y expresa un grado profundo de insatisfacción a la vez que no genera sentimientos de culpa.

Una tercera matización, a menudo confundida con agresión y violencia, es el término asertividad o conducta asertiva. La asertividad implica el uso de la fuerza física o verbal para conseguir los objetivos de una persona (Silva, 1981). Sin embargo, no hay intención de dañar al oponente. La diferencia estriba en la intencionalidad, la asertividad persigue establecer un dominio en lugar de dañar o herir al contrario (Thirer, 1993). Estas mismas acciones pueden representar agresión (hostil o instrumental) si la intención es causar daño (Anshel, 1990).

TEORÍAS SOBRE LA VIOLENCIA

Una revisión de la violencia en el deporte exige examinar cómo se ha estudiado la violencia en otros contextos más generales. El estudio de la violencia se ha realizado desde múltiples perspectivas teóricas. En este apartado queremos hacer un especial hincapié en tres de las corrientes más importantes que han intentado explicar la violencia:

1. Las *teorías innatistas, biológicas y psicobiológicas* explican de un modo individualista los comportamientos violentos. Estos enfoques presuponen que la violencia es el síntoma de que algo funciona «mal» en el individuo no en la sociedad y que estos factores escapan al control del individuo (Freud, 1921; Eysenck, 1964; Baumeister, Smart y Boden, 1996; Sanmartín, 2002).
2. Las *teorías psicosociales* estiman que la importancia no es tanto de los individuos aisladamente sino de la interacción de los individuos en los grupos. El ser humano independiente y aislado no existe, la inteligencia y la personalidad han sido construidas socialmente a través de la interacción social, por tanto, no podemos estudiar al individuo aisladamente. (Bandura y Walters, 1963; Berk, 1974; Jones y Heskin, 1988; Asch, 1952; Allport, 1924; Moscovici, 1976; Tajfel, 1971; Turner y Killian, 1987; Blumer, 1951).
3. Para las *teorías sociológicas* la violencia depende de las instituciones sociales. Se centran en el contexto social y cultural e intentan explicar cómo la propia sociedad genera y hace uso de la violencia (Smelser, 1962; Davies, 1962; Cloward y Ohlin, 1960; Sutherland, 1949; Becker, 1974; Hirschi, 1969).

Teorías biológicas e innatistas del estudio de la violencia

El estudio de la violencia desde una perspectiva innatista y biológica es una labor que se realiza desde varios siglos atrás. Para los seguidores de esta corriente, la violencia y la desviación proceden de las cualidades innatas en los individuos. El criminalista italiano Cesare Lombroso realizó trabajos en la década de 1870, encaminados a la identificación de criminales a partir de ciertos rasgos anatómicos, llegando a concluir que los criminales presentaban rasgos que se habían mantenido desde estadios evolutivos anteriores y que su conducta discordante se debe a la falta de desarrollo total de estos individuos (Lombroso, 1870). A pesar del descrédito de estas ideas con frecuencia han surgido puntos de vista similares. Posteriormente, la teoría de Sheldon, (1949) y Glueck y Glueck, (1956) distinguía tres tipos de estructura física humana y afirmaba que uno de ellos, los mesomorfos (musculosos y activos), estaba directamente asociado con la violencia. En comparación con los sujetos de constitución delgada (ectomorfos) o con personas más gruesas (endomorfos), los mesomorfos son más proclives a delinquir (Sheldon, 1949; Glueck y Glueck, 1956). Existen otros trabajos que apuntan hipótesis en la misma dirección (Marañón, 1951).

También desde el psicoanálisis se apoya la hipótesis de la conducta agresiva como innata. Según Freud (1921), la conducta agresiva radica en el esfuerzo por reducir al mínimo la excitación nerviosa. Freud nunca admitió la idea del inconsciente colectivo y se basó en el concepto de represión para explicar los cambios en la psicología del individuo cuando formaba parte de la multitud. El freudiano Martín (1920) y el psiquiatra Strecker (1940) sostienen que la conducta de la multitud es emocional y descontrolada debido a la liberación de impulsos que habitualmente el control social les obliga reprimir.

El avance de las teorías innatistas en las últimas décadas ha promovido importantes avances en los estudios de las características cerebrales de los individuos que son violentos. Estudios como los de Sanmartín (2002) apoyan la hipótesis que implica a la corteza prefrontal en la reducción o potenciación de la agresividad, reducción o potenciación que dependerá de la historia personal del individuo. Además, añade que podrían existir problemas de funcionamiento (incluso anatómicos) en parte de su corteza prefrontal, exactamente en el área ventromedial, encargada de dotar de significado emocional a las acciones, que podrían explicar el porqué existen individuos con gran predisposición a la violencia.

Por su parte las teorías psicobiológicas se centran más en el concepto y en el carácter innato de la agresividad para explicar la violencia. Las investigaciones neurobiológicas están enfocadas al conocimiento de las estructuras nerviosas implicadas en el comportamiento agresivo, señalando la importancia crucial del hipotálamo y algunas partes del sistema límbico (Delgado, 1969). Estas investigaciones apoyan las tesis de la plasticidad de las conductas agresivas, de modo que tanto el hombre como los animales desarrollan comportamientos agresivos según la necesidad de adaptación a un ambiente de condiciones cambiantes, variando esta conducta agresiva según la edad, el género y el ambiente.

Szegal (1985) realizó un estudio donde se observó el comportamiento de un grupo de niños que asistían a una guardería desde los 6 meses de edad, observaron comportamientos agresivos en este periodo, aumentando progresivamente hasta los 22 meses. Las revisiones de otros estudios (Kazdin, 1985; Rutter y Giller, 1983) llevan a concluir que hacia la edad de 5 años, los comportamientos agresivos son bastante comunes, disminuyendo a medida que nos acercamos a la adolescencia. Los estudios de Kazdin (1985) concluyen que los comportamientos agresivos y antisociales son más frecuentes en hombres que en mujeres, y que existe una diferencia en el tipo de agresión predominante en cada sexo (las chicas utilizan la agresión verbal preferentemente). Por otra parte, también se apunta que las influencias sociales pueden contribuir tanto a la represión y modulación de las

tendencias agresivas provocadas por tal instinto como al aprendizaje y desencadenamiento de comportamientos agresivos (Espineta, 1991).

Las teorías psicológicas de personalidad buscan explicaciones para la violencia dentro del individuo concentrándose en los distintos tipos de personalidad, mientras que los enfoques biológicos se centran en rasgos físicos que predisponen a los individuos a la delincuencia. Eysenck (1964) indicó que los estados mentales anormales se heredan y que predisponen al individuo a la violencia o bien crean problemas en el proceso de socialización.

Baumeister, Smart y Boden (1996) proponen que la violencia surge en quienes tienen una alta autoestima. Estos autores presentan un modelo donde relacionan la violencia y el egotismo amenazado. Se trata de personas con conceptos muy positivos de sí mismas, que, en ciertas circunstancias, son más propensas a cometer actos de violencia que quienes tienen autoconceptos moderados o negativos.

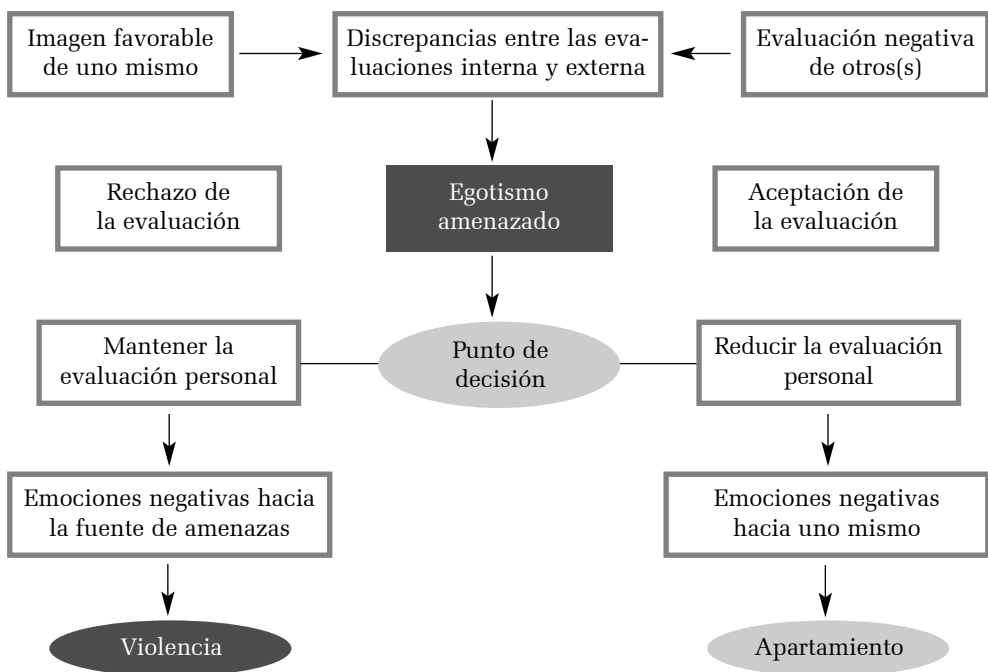


Figura 1. Representación esquemática de la relación entre egotismo amenazado y violencia (Baumeister, Smart y Boden, 1996).

Las teorías de naturaleza biológica o psicobiológica aunque aportan datos importantes que pueden contribuir a la conducta delictiva, descuidan el peso de otros factores como podría ser la personalidad, el aprendizaje, el ambiente o la interacción con los demás. De este modo, podemos concluir que las teorías basadas en aspectos individuales aportan datos sobre los factores que contribuyen de algún modo a la acción violenta, pero no se podría decir que estos aspectos sean los determinantes únicos ni más relevantes para que se produzca irremediablemente la conducta en sí.

Teorías psicosociales del estudio de la violencia

De un modo diferente a las teorías anteriormente descritas, la Psicología Social postula que el contexto social y ambiental determina en mayor medida las conductas violentas de los sujetos. Según Ovejero (1997) el individuo no puede ser separado de la sociedad, ya que las dimensiones que lo definen son sus dimensiones sociales, culturales e históricas. Existen dentro de la Psicología Social, diferentes teorías y modelos que ayudan a describir y explicar las conductas violentas en general y que ayudan a la explicación de la violencia en un contexto deportivo.

Teorías del aprendizaje

Los defensores de teorías conductistas como la del aprendizaje social (Bandura y Walters, 1963) sostienen que los niños aprenden mediante dos mecanismos principales:

1. El reforzamiento: donde el niño aprende que las situaciones en que utiliza la violencia son recompensadas con una mayor atención o un elogio por parte de sus compañeros, padres, etc.
2. El modelado: donde el niño aprende por la imitación del comportamiento de los otros, padres, compañeros, héroes televisivos, etc.

Desde la teoría conductista se afirma que la solución ambiental se torna más plausible a medida que sabemos más de las contingencias. La conducta adquirida de inflingir daño a otros puede reducirse rompiendo las contingencias, de modo que causar daño a otros, además de no tener ningún valor de supervivencia tampoco pueda funcionar como reforzador. Será por necesidad un mundo en el que las conductas no agresivas sean reforzadas abundantemente (Skinner, 1969).

La conducta violenta está determinada socialmente, surge como consecuencia de la limitación de satisfacción social a un núcleo reducido de la sociedad y

del uso represivo de formas aversivas de control conductual para eliminar el problema. No sólo el ambiente humano refuerza directamente la agresión, sino que además comunicamos eficazmente maneras violentas de enfrentar situaciones, aunque ese no sea nuestro propósito (Bandura 1980).

El modelo de recompensas-costos de Berk (1974) se sitúa en esta línea a través del “*Principio de maximización de la utilidad esperada*”, esto es, una decisión ideal permitirá escoger aquella acción que ofrezca el mejor resultado. Sobre la base de la Teoría de la Decisión, la concentración de una multitud se ve como una oportunidad en la que los individuos experimentan ciertas recompensas y costos. Cada individuo trata de maximizar las recompensas y minimizar los costos a través del siguiente proceso: (1) Buscar información, (2) Predecir lo que probablemente ocurrirá, (3) Considerar las opciones de su comportamiento, (4) Clasificar por orden los resultados probables, (5) Decidir la acción que minimice costos y maximice recompensas, (6) Escoger la acción

$$Pa = [Ra - \underline{Ra} (S)]$$

donde *Pa*: Probabilidad de acción; *Ra*: resultado anticipado de la acción;
Ra: no actuar; *(S)*: Probabilidad de apoyo colectivo

Por lo tanto, una conducta violenta atenderá a las probabilidades de obtener las máximas recompensas con los mínimos costos, y si está se produce de manera satisfactoria, el individuo aprenderá que esa conducta conlleva un refuerzo y se convertirá en una acción de su repertorio conductual.

Por su parte, Jones y Heskin (1988) hacen una crítica a los estudios conductistas anteriores, donde se interpreta la conducta violenta como el resultado del reforzamiento positivo al individuo. Se apoyan en el modelo de Clarke (1977), así, la conducta violenta o delincuente es la función de una compleja interacción de estas variables y no son causa-efecto de un modo lineal. El modelo de Clarke (1977) intenta explicar la violencia a través del análisis funcional de la conducta violenta o delictiva atendiendo a múltiples factores. Este autor enfatiza la importancia de las contribuciones de la educación, las circunstancias vitales, la persona y las variables situacionales y cómo esas variables pueden interactuar y producir un evento violento. También tiene en cuenta factores predisponentes pero no determinantes como la herencia y la personalidad.

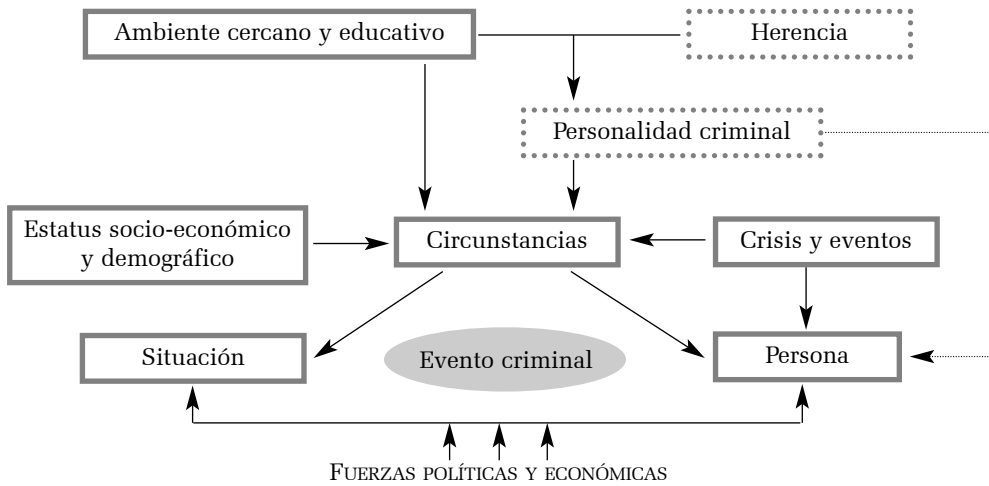


Figura 2. Elementos que contribuyen a que ocurra un evento criminal (Clarke, 1977).

El estudio de Jones y Heskin (1988) investiga la relación entre el ambiente psicosocial del sujeto y las consecuencias de la conducta del delincuente. Jones y Heskin (1988) apoyaron su modelo en algunos conceptos de la Teoría de la Inversión de Apter (1982). Apter (1982,1989) propuso dos estados metamotivacionales para explicar la conducta violenta: tético-paratético y negativismo-conformidad.

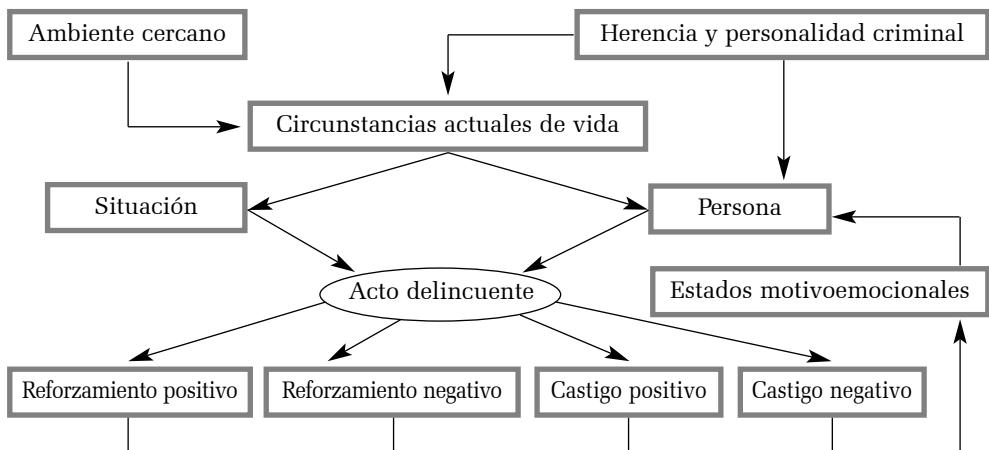


Figura 3. Análisis de la conducta delictiva (Jones y Heskin, 1988).

La importancia de la teoría del aprendizaje social radica en ofrecer una explicación comprensiva del proceso de adquisición y mantenimiento de las conductas violentas, y en considerar tanto factores internos al individuo como externos en el origen y mantenimiento de las conductas. Sin embargo, esta teoría no explica por qué ciertas personas pueden resistir las influencias del aprendizaje y otras no.

Cognitivismo social y comportamiento colectivo

Es el marco teórico más influyente en la psicología social psicológica. El cognitivismo social intenta explicar la conducta violenta atendiendo a factores sociales en los que el individuo se encuentra. Diferentes teorías hacen una aproximación para estudiar el comportamiento colectivo y la violencia.

Teoría de la influencia social y comportamiento colectivo

Diversos estudios experimentales sobre influencia social en contextos grupales han intentado dar una explicación a las conductas violentas, como las que podemos encontrar en los estudios sobre la conformidad (Asch, 1952), o los estudios sobre facilitación social (Triplet¹, 1898, Allport, 1924) que indican que el incremento de la activación aumenta la ocurrencia de *respuestas dominantes* y estas pueden ser correctas o incorrectas para una determinada tarea (Zanjoc, 1965).

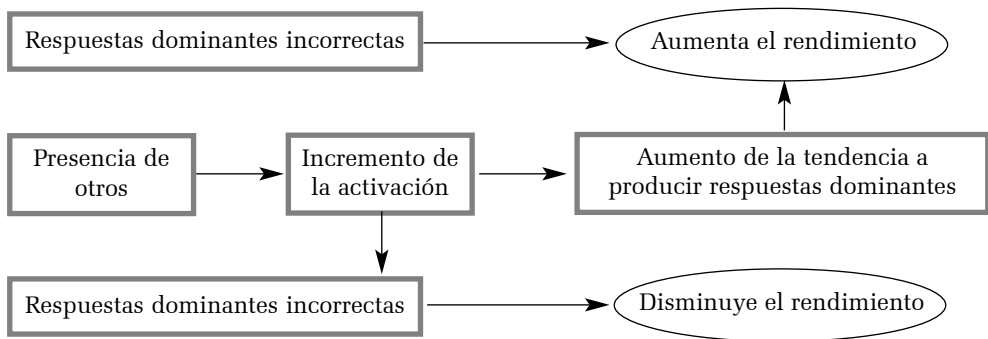


Figura 4. La teoría del impulso de la facilitación social (Zanjoc, 1965)

¹ Norman Triplett ha sido considerado como el primer psicólogo social experimental (Sahakian, 1987) y su experimento como el primer trabajo sobre facilitación social, término concebido por Floyd Allport (1924). Sin embargo el experimento de Triplett no está relacionado con nada parecido a la facilitación social, sino con la teoría de la dinamogénesis—según la cual las ideas facilitan la acción— aplicada al estudio de los efectos de las actitudes competitivas o pacíficas sobre el rendimiento de los ciclistas.

Autores como Festinger, Pepitone y Newcomb (1952) denominaron desindividuación a la pérdida de la autoconciencia y de la aprensión por la evaluación. Zimbardo (1970) considera que la violencia puede ser resultado de la pérdida de identidad individual, lo que garantiza impunidad a la hora de cometer actos antisociales.

Sherif (1936) dentro del marco de la Teoría de la Gestalt, a través del análisis del efecto autocinético, afirma que cuando el individuo está en una situación ambigua, carente de marco de referencia, tienden a resolver esta situación utilizando la interacción social con los otros miembros del grupo para establecer una norma común, lo que da lugar a la normalización.

Por su parte Moscovici (1976) demuestra la influencia ejercida por las minorías, cambiando las concepciones más tradicionales sobre influencia social (sesgo de conformidad). Esta influencia se produce debido al estilo de comportamiento consistente que origina un conflicto social y cognitivo. Tanto los trabajos de Sherif como los de Moscovici permiten explicar la actuación de ciertos grupos violentos en los campos de fútbol.

Teoría de la Identidad Social

Tajfel (1971) mantiene que los individuos cambian su forma de actuar cuando se sienten miembros del grupo. El individuo busca una identidad positiva reinterpretando y exigiendo una revalorización de las características del grupo que lleven a una connotación favorable y revitalizando y exigiendo reconocimiento. El punto de partida de la teoría de la identidad social lo representa el proceso de categorización social –modo de organizar la información recibida del ambiente, y la clasificación de los elementos que comparten algún atributo distintivo–. Reicher (1987, 1996) aplica la Teoría de la Identidad Social o Teoría de Categorización del yo (Turner, 1987) al comportamiento de la multitud: la multitud se considera una forma de grupo social, es decir, un conjunto de personas que adoptan una identificación social común (Reicher, 1984) sin estructura, ni normas ni medios que debe construir una identidad situacional para la acción, sea violenta o no (Reicher, 1984).

Interaccionismo simbólico y comportamiento colectivo

Fue propuesto por Blumer (1951) y desarrollado por Turner y Killian (1957, 1987). Estos resumen la influencia de la Teoría Interaccionista sobre la perspectiva de la conducta colectiva en tres aspectos: (1) el orden social no es un sistema estático sino un proceso de actividad y cambio; (2) el individuo como actor consciente que construye su conducta a través de representaciones simbólicas de sí mismo, de su definición de la situación (Thomas, 1928) y de lo que otras personas esperan; (3) enfatiza el papel de la interacción, en la construcción de significados compartidos y en la coordinación de los comportamientos individuales.

Modelo de la Inquietud Social

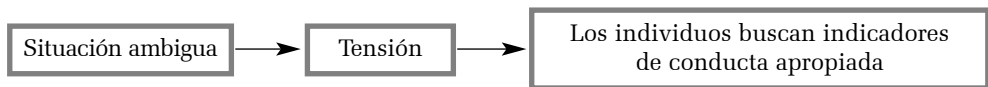
Si no existe inquietud social la vida transcurre de acuerdo con las normas y roles y no se produce comportamiento colectivo. Si se genera inquietud social, signo del colapso del orden social normativo, se favorece el comportamiento colectivo. Allport (1924) propone el concepto de “reacción circular” según el cuál los individuos se mueven como un rebaño inquieto y centran su atención en la conducta de los demás y se vuelven influenciables. La excitación emocional y el contagio social son la consecuencia. El contagio implica una pérdida de autoconciencia (Blumer, 1975) y un descenso de la resistencia social y incremento de la conformidad con el grupo.

La idea fundamental de Blumer en el Modelo de Inquietud Social reside en como el estado de malestar social provocado por deseos no satisfechos produce en los individuos impulsos a actuar de forma errática externamente y con sentimientos perturbadores y tensiones internas (Jiménez Burillo, 1982).

Teoría de la Norma Emergente

La realidad es una construcción que realizamos a través de la interacción social, es una realidad socialmente compartida. La *Teoría de la Norma Emergente* fue propuesta por Turner y Killian (1987) inspirándose en los trabajos de Sherif (1936). Turner y Killian, (1987) admiten que el comportamiento colectivo se produce en circunstancias donde existe una experiencia de tensión y la situación es ambigua. Los individuos carecen de normas y buscan indicadores que les marquen la conducta apropiada. Así, la conducta de unos pocos miembros significativos se convertirá en norma emergente. Existen dos etapas:

1. Etapa previa:



2. Etapa de aparición y adopción de la norma:

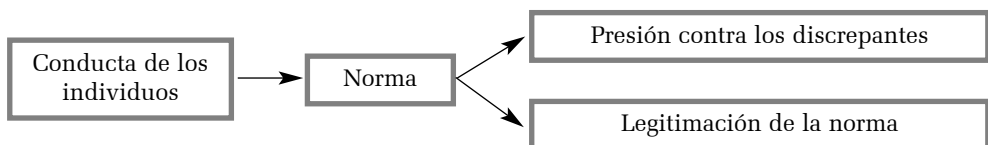


Figura 5. Etapas para la formación de la norma (Turner y Killian, 1987).

Teorías sociológicas

Las Teorías Sociológicas consideran que la definición de violencia depende de las instituciones sociales. Se centran en el contexto social y cultural en que se produce la violencia. “*El ser humano es, en última instancia, un ser en busca de significaciones y envuelto en tradiciones históricas particulares*” (Serrano, 1995, p. 42).

Teorías funcionalistas

Este grupo de teorías sociológicas intentan explicar a través del contexto social el carácter funcional de la violencia y del comportamiento colectivo. Las teorías funcionalistas apoyan la idea según la cual la violencia cumple también dos funciones necesarias para la sociedad: (1) función adaptadora, al introducir en la sociedad nuevos desafíos y tener que innovar provocando cambios; (2) favorece el mantenimiento de los límites entre comportamientos “buenos” y “malos”(Guiddens, 2001). Dentro de este grupo de teorías podemos encontrar la teoría del comportamiento colectivo de Smelser (1962) y la teoría de la privación relativa de Stouffer (1949) y Merton y Kitt (1950).

Teoría del Comportamiento Colectivo

Esta teoría sociológica formulada por Smelser (1962), está basada en el funcionalismo de Parsons que pretende explicar todo tipo de comportamiento colectivo ya sea una multitud expresiva, agresiva o un movimiento social. El comportamiento colectivo aparece si ocurren seis condiciones a lo largo del tiempo. Estas condiciones son de carácter acumulativo como se explica a continuación:

1. Conductividad estructural: se refiere a las condiciones sociales de un sistema social específico que favorecen la emergencia de ciertos tipos de comportamientos.
2. Tensión estructural existe tensión cuando distintos aspectos del sistema social se hallan desconectados entre sí. La acumulación de tensión produce frustración.
3. El surgimiento y difusión de una creencia generalizada: que define la situación y señala quién es el responsable de la tensión produciendo así una acción que reduzca esta tensión.
4. El factor precipitante: la prueba palpable de que existe tensión. La proclividad, la tensión y la creencia generalizada prepararan la escena para el episodio de la conducta colectiva.

5. Movilización de participantes: implica una organización de los que se sienten frustrados con objeto de intentar suprimir la causa de las tensiones. Se produce a través de un proceso de comunicación en el que se incita a la acción.
6. Control social ineficaz: los elementos de presión con que cuenta la autoridad carecen de fuerza para parar la acción colectiva.

Teoría de la Privación Relativa

Según la Teoría de Privación Relativa el descontento o insatisfacción conducen a la acción colectiva (Imán, 1942; Stouffer, 1949; Merton y kilt; 1950). Las personas evalúan lo que tiene en relación con sus grupos de referencia, así, si obtienen menos de lo que esperan cunde en ellos el descontento. La Teoría de la Privación Relativa es utilizada también por Durkeheim, (1895), Cohen, (1955) y Valverde, (1988) para explicar como la inadaptación subjetiva aparece como consecuencia de diferentes factores que se presentan a continuación:

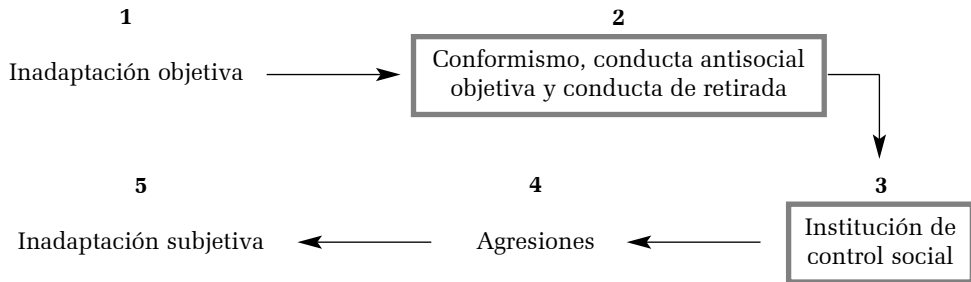


Figura 6. Líneas a seguir en el proceso de inadaptación social (Durkeheim, 1895; Cohen, 1955; Valverde, 1988).

1. Influencia entre el individuo y el entorno social
2. Respuestas ante la relación conflictiva: expectativas sociales y carencia de medios.
3. Institucionalización del conflicto entre individuo / situación
4. La conducta inapropiada pierde su coherencia y se inician las agresiones y los trastornos de personalidad.
5. Inadaptación subjetiva

Davies (1962, 1969) propone la teoría de la *privación progresiva*. Apoya la hipótesis de las *expectativas crecientes*: cuando las expectativas van a la par que las necesidades, la satisfacción real de necesidades y la satisfacción esperada son coincidentes y no se produce violencia, pero cuando la satisfacción real queda bloqueada y las expectativas continúan creciendo, el desnivel se hace intolerable produciéndose la situación de curva “J” característica de las revoluciones.

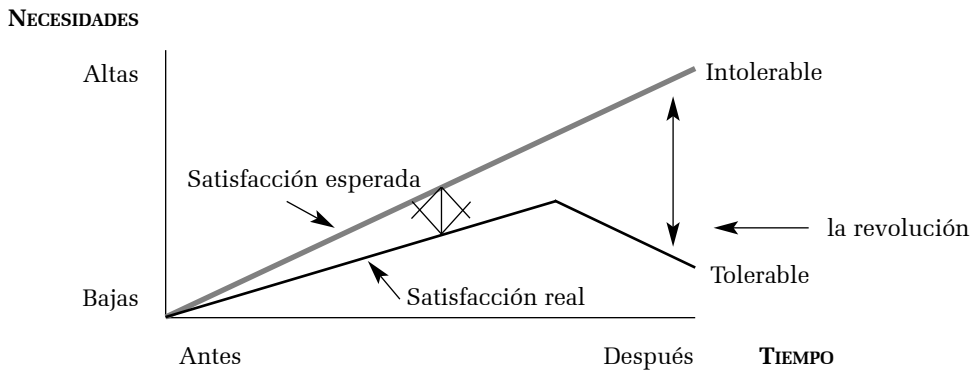


Figura 7. Representación de la teoría de la privación progresiva (Davies, 1962, 1969).

Los escritos de Merton (1957) subraya el contraste existente entre el aumento de las aspiraciones y la persistencia de las desigualdades. Merton señala que la sensación de *privación relativa* es un elemento importante en la interpretación el comportamiento desviado.

Explicaciones subculturales

Investigadores posteriores han vinculado la desviación con la existencia de grupos subculturales que adoptan ciertas normas que fomentan o recompensan los comportamientos delictivos. Cohen (1955) en su libro *Delinquent Boys*, señaló que los muchachos de clase obrera baja que están frustrados por su posición en la vida se unen con frecuencia en subculturas delictivas. Tales subculturas sustituyen las normas de la clase media por la delincuencia y otros actos de no conformidad.

Cloward y Ohlin (1960) coinciden en que la mayoría de los delincuentes juveniles proceden de la clase obrera baja pero señalan que los chicos que están más en «peligro» son los que han interiorizado los valores de clase media. Cuando no sean capaces de alcanzar sus objetivos esos jóvenes serán especialmente proclives a realizar actividades delictivas. Cloward y Ohlin hallaron que las bandas juveniles surgen en comunidades subculturales, como en minorías étnicas desfavorecidas, donde las oportunidades de triunfar de un modo legítimo son escasas.

Las teorías interaccionistas

Los sociólogos que estudian la desviación desde la tradición interaccionista creen que ésta se construye socialmente. Rechazan la idea de que haya clases de conducta inherentemente «desviadas». En lugar de esto, los interaccionistas se preguntan cómo se definen los comportamientos desviados y por qué a ciertos grupos, y no a otros, se les cuelga esa etiqueta. Uno de los autores que primero indicó que la desviación se aprende mediante la interacción con los demás fue Sutherland (1949) planteó un concepto que habría de influir notablemente en el interaccionismo posterior: vinculó la violencia a lo que él llamó *asociación diferencial*. Los individuos se convierten en delincuentes al asociarse con los portadores de normas delictivas. Según Sutherland (1949), el comportamiento violento se aprende en los grupos primarios y especialmente entre compañeros. Considera que las acciones delictivas son tan aprendidas como las que respetan la ley y que tienen como fin las mismas necesidades y valores.

Teoría del etiquetaje

Uno de los enfoques más importantes para comprender los comportamientos violentos es la denominada teoría del etiquetaje, cuyos partidarios interpretan la desviación no como una serie de características de individuos o grupos, sino como un proceso de interacción entre desviados y no desviados. Desde esta perspectiva, para poder comprender la naturaleza de la desviación hay que saber por qué a algunos se les asigna la etiqueta de desviados o violentos.

Los que representan a las fuerzas de la ley y el orden o los que pueden imponer definiciones de la moralidad convencional a otros, constituyen la principal fuente de etiquetaje. Por tanto, las etiquetas utilizadas para crear categorías de desviación expresan la estructura de poder de la sociedad (Guiddens, 2001). Becker (1974) es uno de los sociólogos más estrechamente vinculados con la teoría del etiquetaje. Intentó demostrar que las identidades desviadas se

producen a través del etiquetaje y no mediante motivaciones o comportamientos desviados. El etiquetaje no sólo afecta a la forma en que un individuo es visto por los demás, sino que también influye en la idea que tiene aquél de su propia identidad. Lemert (1972) utilizó la expresión de desviación secundaria para describir los casos en los que los individuos llegan a aceptar esa etiqueta y se consideran a sí mismos desviados. En esos casos la etiqueta puede convertirse en algo esencial para la identidad personal y hacer que el comportamiento desviado continúe o se intensifique.

Las teorías del control

La teoría del control postula que la violencia procede de un desequilibrio entre los impulsos que llevan a la actividad violenta y los controles sociales o físicos que la impiden. Esta teoría presupone que las personas actúan de forma racional y que, si se produce la oportunidad, cualquiera podría participar en actos desviados. Se remarca la idea según la cual muchos tipos de delito son el resultado de «decisiones situacionales», es decir, una persona se encuentra con una oportunidad que le motiva a actuar (Guiddens, 2001).

Hirschi (1969), en su libro *Causes of Delinquency*, señalaba que las personas se unen a la sociedad y a los comportamientos que respetan la ley mediante cuatro tipos de vínculo: el apego, el compromiso, la implicación y la creencia. Estos elementos, cuando son lo suficientemente fuertes, ayudan a mantener el control social y la conformidad, al hacer que las personas *no sean libres* para vulnerar las reglas. Sin embargo, cuando esos vínculos con la sociedad son débiles, puede haber delincuencia y violencia. El enfoque de Hirschi indica que los delincuentes suelen ser individuos cuyo escaso grado de autocontrol procede de una inadecuada socialización en el hogar o en la escuela (Gottfredson y Hirschi, 1990).

Finalmente podemos concluir este apartado, haciendo una reflexión acerca de las debilidades de las teorías fuertemente basadas en las interacciones sociales y culturales. Las teorías de corte social resultan muy atractivas porque dan explicaciones globales acerca de la violencia pero en esta característica es donde se encierra su propia debilidad, al no atender a los aspectos individuales dejan escapar factores de gran importancia que no es adecuado obviar. Es decir, para explicar un fenómeno tan complejo como la violencia, es necesario recurrir a los diferentes aspectos que influyen en el comportamiento atendiendo a los niveles individuales, microsociales y macrosociales y cómo estos niveles interactúan entre sí en las diferentes situaciones.

TEORÍAS DE VIOLENCIA EN EL DEPORTE

En los apartados anteriores se realizó una breve revisión de las teorías psicosociales más destacadas, entre otras, para explicar los comportamientos de masas y la violencia. En el presente apartado se presenta de forma breve dos modelos explicativos de la violencia en el deporte: el Modelo de la Escuela de Leicester y al Modelo Psicosocial de Kerr.

Junto a estos modelos existen teorías que han caído en desuso pero son de gran interés porque suponen el inicio de esta línea de investigación y trabajos que no llegan a formalizarse como modelos. Uno de las primeras es la teoría sociológica de Taylor (1971) y Clarke (1973, 1978). Es una teoría sociológica que pretende conocer los comportamientos de los grupos violentos en el fútbol enmarcándolos en una perspectiva cultural. Taylor (1971) entiende el vandalismo como un intento de la clase obrera desfavorecida por recobrar el control de un deporte que les pertenecía, siendo por lo tanto el producto de la resistencia a la usurpación. En su temprana investigación sobre el tema, Ian Taylor atribuyó la violencia en el fútbol a los efectos del “aburguesamiento” y la “internacionalización del juego” sobre los hinchas más fanáticos. A su juicio, los hinchas pertenecientes a la clase obrera creen que los clubes de liga eran antes, en cierto sentido, “democracias participativas” y, siempre según este autor, los *hooligans* de ahora constituyen una especie de “movimiento de resistencia” obrero que trata de restablecer el control ante los cambios impuestos por grupos de la clase media con el fin de salvaguardar los intereses de su clase².

Por su parte Clarke (1973, 1978) considera los actos violentos del deporte como una búsqueda de una identidad grupal propia y diferenciadora que le proporciona sentido a la existencia de estos jóvenes. El análisis de Clarke es similar en algunos aspectos al primer trabajo de Taylor. Atribuye el fenómeno del *hooliganismo* a la conjunción durante los años sesenta de la “*profesionalización*” y la “*espectacularización*” del juego y los cambios habidos en la situación social de los

² Este es el punto de enlace con los movimientos legitimistas que aparecen en el reportaje elaborado por Donald Macintyre, reportero de la BBC, grabó en 1998 un reportaje titulado *Macintyre Undercover* (Macintyre Infiltrado) que proyectó Canal+ con el título “*Hooligans* al descubierto”. En este reportaje Macintyre pretende estudiar el *hooliganismo*. Descubre que gran parte de la violencia del fútbol inglés está provocada por una minoría que pertenecen a pequeñas bandas aficionadas al fútbol. Macintyre estudia una de las bandas denominada “Los cazacabezas de *Chelsea*”. Descubre la conexión con la ultraderecha a través del saludo nazi que utilizan en las algaradas y de otro tipo de pruebas. Este grupo de cazacabezas está relacionado con el grupo ultraderechista “*Combat 18*” (C18).

jóvenes pertenecientes a la clase obrera. Afirma que los cambios que, se combinaron y quebraron algunos de los lazos de familia y vecindad que ligaban a los jóvenes con los ancianos en una relación especial, característica de la vida de la clase trabajadora antes de la guerra. En otras palabras, el fenómeno de la afición violenta y desmedida al fútbol es, según Clarke, una reacción de los jóvenes enajenados pertenecientes a comunidades obreras desintegradas contra la comercialización del fútbol y la concepción en aumento del juego como espectáculo y como entretenimiento. A consecuencia de la desintegración de sus comunidades, plantea el autor, estos jóvenes asisten ahora a los partidos sin el control que sus parientes y vecinos de más edad ejercían antes sobre ellos.

Otros estudios importantes son los realizados por Peter Marsch, dentro de la Psicología Social Etnogénica. Los trabajos se centran en el conocimiento de la dinámica social que tenía lugar en el seno de estos grupos violentos y su aportación más importante es mostrar la existencia de un orden allí donde aparentemente existe irracionalidad. En esta línea, Marsch (1982) indica que la violencia es una expresión simbólica más que real (concepto retomado del antropólogo Desmond Morris y de los trabajos de Harrison Mathews, 1964 y Barnet, 1967). El individuo que no ha conseguido obtener un estatus en su vida cotidiana, acude al fútbol para crearse un prestigio social. Marsh (1978) alega que los últimos intentos realizados para erradicar la violencia han llevado a una disminución de las oportunidades para la violencia ritual socialmente constructiva –que él denomina “*aggro*”–, lo que ha producido como resultado un aumento de la violencia incontrolada y destructiva. Se ha dado, según él, “un giro de la violencia buena” a la violencia “mala”, los hombres son más o menos tan agresivos como siempre pero, a medida que esta agresión se expresa de forma menos ordenada, se vuelve más sangrienta en sus resultados”

Un trabajo importante después de la catástrofe del estadio Heysel de Bruselas es el realizado por David Canter, Miriam Comber y David Uzzell, publicado con el título *Football in its place*. Enfocan el fútbol como un fenómeno de masas que representa las líneas culturales que nos diferencian. Cada hincha se identifica con su club o con su equipo porque le atribuye unas características definidas y únicas. Es obvio que existen diferencias entre clubes, ya que, aunque formamos parte de una sociedad interrelacionada y en equilibrio, estas pequeñas diferencias entre unas y otras entidades deciden el carácter de los aficionados. Se ofrece la opinión de los aficionados ingleses, de la “gente de la calle”. Curiosamente, las opiniones variaban de club a club, sin embargo, todos coincidían en afirmar que las situaciones de violencia y disturbios, han contribuido enormemente a que las personas dejen de ir a los partidos de fútbol. Los *hooligans* son

normalmente jóvenes de clase trabajadora, de entre 17 y 20 años, estos jóvenes *hooligans*³ son el grupo social más penado por los jueces, las explicaciones que nos ofrecen para la aparición de estos grupos son varias. Por un lado, la naturaleza humana es agresiva, el fútbol además genera agresividad y, por otro, este deporte se convierte para muchos en un reflejo de los problemas de la sociedad. Estos autores también se plantean el hecho de que la violencia ocurra con mayor frecuencia fuera del campo que dentro de él, considerando siempre el fútbol como un deporte que nos produce satisfacción y orgullo, pero también muertes, entre las agresiones y el mal estado de las instalaciones. El trabajo de Canter, Comber y Uzzell (1986), dedica a las muchedumbres y las emergencias un capítulo. Desde el principio de la historia hemos asistido a espectáculos concebidos como agresivos para calmar los problemas sociales de las multitudes, por ejemplo, los gladiadores en la antigua Roma. Además, también desde antiguo se ha observado una fuerte conciencia de grupo, caracterizada por las similitudes y puntos en común. De modo que si en un lugar hay muchas personas concentradas y se produce una emergencia, las posibilidades de desastre aumentan considerablemente. Pero, en líneas generales lo que los autores afirman es que los *hooligans* son sólo uno de los problemas de la violencia y de los desastres en el fútbol. Además, el entorno físico y social, también juegan un papel muy importante. Y, no hay una solución única y concreta para este tipo de situaciones, por lo que se hace mucho más difícil evitarlos.

En España uno de los trabajos importantes y pioneros es el realizado por Durán (1996) donde hace una revisión de las teorías más importantes que han intentado explicar la violencia en el deporte. Afirma que el vandalismo en el deporte en sus formas actuales, más que un intento de impedir un proceso de transformación en el deporte hacia estructuras más profesionales y espectaculares, constituye un claro intento por parte de estos jóvenes radicales de co-protagonizar parte del espectáculo social que es el deporte moderno.

La Escuela de Leicester

La “Escuela de Leicester” estudia la violencia en el deporte dentro del modelo civilizador, en términos popperianos –a pesar del desencuentro entre Popper y Norbert Elías–, tendría una consideración de experimento crucial de

³ La definición de *Hooligan* del *Oxford Dictionary* es “persona joven alborotadora y ruidosa que a menudo se comporta de forma violenta y destructiva; joven gamberro o rufián”. Durán (1996) prefiere utilizar la palabra vándalo o vandalismo.

falsabilidad del modelo. Esto es, si el modelo civilizador ofrece explicaciones e hipótesis ciertas, ¿por qué parece que hay un incremento de la violencia deportiva? (Elías, 1988). Dunning (1990) reconoce que el fenómeno de la violencia en el deporte introduce “*una aparente contradicción en el proceso de civilización*” (pp. 78) Este modelo sugiere, que dado un proceso histórico de civilización, los valores creados mediante formas particulares de socialización, han sido progresivamente marginados a medida que sectores cada vez más amplios de la clase trabajadora se han ido incorporando a la sociedad. Sin embargo, siguen existiendo bolsas de “clase trabajadora dura” que convergen en el contexto del fútbol. Se considera que en el fútbol la multitud ofrece esencialmente una oportunidad para que ciertos tipos de personas se reúnan para representar disposiciones preexistentes.

Todos los deportes son inherentemente competitivos y de ahí que produzcan un despertar de la agresión y de la violencia. El nivel de tensión puede subir hasta un punto en que se rompa el equilibrio entre la rivalidad amistosa y la rivalidad hostil a favor de esta última. En tales circunstancias, las reglas y convenciones destinadas a limitar la violencia y a dirigirla por canales socialmente aceptables pueden quedar anuladas temporalmente y las personas implicadas comenzar actos agresivos. De este modo, en el fútbol y el rugby, puede haber quien juegue con clara intención de infligir daño físico y dolor. El planteamiento de Dunning respecto al aspecto central del desarrollo del deporte moderno ha sido lo que Elías denominaría “un proceso civilizador” en lo que respecta a la expresión y el control de la violencia física. Un lugar central en este proceso lo ha ocupado un giro a largo plazo en el equilibrio entre la violencia “afectiva” y la violencia “racional”.

El aspecto central del proceso civilizador, llevó aparejado un cambio en el patrón de lazos sociales⁴, es decir, del proceso por el que los lazos segmentarios fueron sustituidos cada vez más por lazos funcionales. El centro de esta transformación estuvo ocupada por un proceso de disminución de la importancia de los lazos de adscripción a la familia y al lugar de residencia mientras aumentaba los lazos adquiridos mediante la división del trabajo. Diversas precondiciones interrelacionadas facilitaron ese desarrollo en el pasado, entre las cuales destacan el crecimiento económico continuado, la habilidad del Estado para retener el monopolio del uso de la fuerza y, pese a la tenaz oposición mostrada a menudo por los grupos gobernantes,

⁴ Lazo social en sentido sociológico se refiere a las distintas formas de relacionarse socialmente producidas que se pueden observar en una sociedad

su anuencia a largo plazo para establecer compromisos y otorgar concesiones a medida que aumentaba el poder de los grupos subordinados. Toda sociedad en cuya estructura predominan los lazos segmentarios tiende a generar violencia física en las relaciones humanas de diversas maneras que se refuerzan unas a otras. La lucha con o sin armas, es endémica, debido en gran parte a que los grupos “nosotros” están definidos con unos límites estrechos y por tanto, incluso grupos ostensiblemente similares pertenecientes a la misma localidad son definidos como grupos de “extraños” o “extranjeros”. Tan fuertes son los sentimientos de orgullo y de pertenencia al grupo generados en segmentos concretos de la familia y la comunidad local que el conflicto y la rivalidad son virtualmente inevitables cada vez que se ven los miembros de dos o más de ellos. Y sus normas de agresión, aunadas a la ausencia de presión social para actuar con autocontrol, hacen que el conflicto entre ellos desemboque en lucha con facilidad. Así es, luchar, tanto dentro como entre tales grupos, es necesario para conseguir y mantener una buena reputación acorde con sus normas de masculinidad agresiva. Los mejores luchadores suelen destacar como líderes y todos los miembros de esos grupos han de pelear para sentir y para demostrar a otros que ellos son “hombres”. La violencia endémica característica de este tipo de sociedades, unida al hecho de que su estructura consolida el poder de una clase gobernante de guerreros y que resalta la agresividad y la fuerza masculinas, conduce al dominio generalizado de los hombres sobre las mujeres. Esto produce a su vez dos consecuencias fundamentales:

1. Debido a la relevancia otorgada a la fuerza física en las relaciones entre niños que no están sometidos a un control eficaz por parte de los adultos, aumenta la violencia característica de tales comunidades. Tienden a la violencia física como valor de socialización que se ve reforzada por el empleo que de ella hacen sus padres y por los modelos adultos que la sociedad en general les presenta.
2. La ausencia relativa de supervisión directa de los niños por los adultos conduce a la formación de bandas que perduran hasta los inicios de la vida adulta y que, a causa de las alianzas de grupo tan rígidamente definidas características de los lazos segmentarios, entran sin cesar en conflicto con otras bandas locales. Los deportes de estas comunidades son expresiones ritualizadas de la “guerra entre las bandas” típicas en tales condiciones, una puesta a prueba, institucionalizada, de las fuerzas relativas de determinadas comunidades que tiene su origen y que coexiste con las luchas constantes y más serias entre grupos locales.

LAZOS SEGMENTARIOS	LAZOS FUNCIONALES
<ul style="list-style-type: none">• Ausencia de control eficaz por parte del Estado.• Rudimentaria división del trabajo.• Intensa rivalidad y conflicto entre los segmentos ligados por el parentesco y la pertenencia a la misma localidad.• Norma de masculinidad agresiva.• Predominio del varón, segregación de sexos• Familias centradas en la madre.• Escasa supervisión de los niños. Violencia como agente socializador.• Formación de bandas.• Alto nivel de violencia en las relaciones interpersonales.	<ul style="list-style-type: none">• Control estable y eficaz por parte del Estado.• Alta división del trabajo.• Rivalidad y conflicto canalizadas hacia las esferas ocupacionales.• Normas civilizadas de conducta interpersonal.• Igualdad de sexos.• Familias igualitarias y simétricas• Estrecha supervisión de los niños. Uso de medios de socialización no violentos.• Relaciones voluntarias formadas sobre bases locales y no locales.• Bajo nivel de violencia en las relaciones interpersonales.

Las sociedades muy próximas al modelo de lazos funcionales son, en la mayoría de los aspectos, diametralmente opuestas a las sociedades en las que el modelo de lazos segmentarios es el dominante. Al igual que las últimas, aquellas están sometidas a un ciclo de retroalimentación positivo pero, en este caso, el ciclo cumple, como contrapeso, una función civilizadora, pues sirve principalmente para limitar y contener el nivel de violencia en las relaciones sociales. Esto no significa necesariamente que reduzca el índice de violencia sino más bien que conduce a formas de violencia más silenciosa. Sin embargo, la estructura de tales sociedades genera simultáneamente una intensa presión competitiva y una tendencia a emplear medios racionales para la consecución de los objetivos propuestos. A su vez, esta combinación hace que se tienda a utilizar racio-

nal o instrumentalmente la violencia ilegítima y otras formas de violación de las reglas en determinados contextos sociales, por ejemplo en los deportes de combate altamente competitivos. En las sociedades con una elevada presencia de lazos funcionales, los deportes de combate forman un enclave social con formas de violencia concretas socialmente permitidas. Tales deportes son luchas fingidas ritualizadas y civilizadas en las que el empleo de la fuerza física queda circunscrito por reglas y convenciones además de ser controlado, de manera inmediata, por funcionarios como los árbitros y, en un nivel superior, por los comités y tribunales establecidos por los organismos de dirección pertinentes, ya sean nacionales o internacionales.

Dunning formula la hipótesis acerca de cómo la conducta violenta de los hinchas de fútbol está relacionada de manera central con normas de masculinidad: (a) resaltan hasta el extremo la rudeza y la habilidad para pelear; (b) son distintas a las normas de masculinidad actualmente dominantes en la sociedad en general; y (c) tienden, como consecuencia, a recibir la constante condena de los grupos socialmente dominantes. Hay al menos cuatro aspectos de la actual afición violenta y desmesurada al fútbol que hacen pensar en la posibilidad de que sus características medulares se originaran en los lazos segmentarios. A saber:

1. El hecho de que a los grupos implicados les resulten tan interesante, y a veces incluso más, pelearse entre ellos que presenciar un partido de fútbol.
2. Los grupos rivales están constituidos principalmente por miembros del mismo estrato social, es decir, de los llamados sectores “rudos” de la clase obrera. Esto significa que, para entender el fenómeno, hay que explicar primero la existencia en su violencia de un conflicto intra-clase en contraposición con el conflicto inter-clase.
3. La lucha de estos grupos adopta la forma de una *vendetta*, con independencia de las acciones no encubiertas que realicen, p.e. atacan a cualquier individuo o grupo sólo por mostrar en público la insignia de pertenencia a un grupo rival.
4. El notable grado de conformidad y uniformidad en la acción que se muestra en las canciones y los lemas de los violentos hinchas del fútbol. Un tema recurrente en estas canciones y lemas es el reforzamiento de la imagen masculina del grupo a que se pertenece unido a la denigración y los ataques a la falta de virilidad del grupo contrario.

La investigación sociológica propone que las comunidades “rudas” pertenecientes a la clase trabajadora se caracterizan por todos o casi todos los siguientes atributos sociales:

- a. pobreza más o menos extrema.
- b. empleo de sus miembros en trabajos no cualificados y/o ocasionales, junto con una elevada propensión al desempleo.
- c. niveles bajos de educación formal.
- d. bajo índice de movilidad geográfica, salvo algunos varones que viajan por razones de trabajo, por ejemplo en el ejército, o en trabajos no cualificados dentro del sector de la construcción.
- e. familias centradas en la madre y extensas redes de parentesco.
- f. alto grado de segregación en los papeles conyugales y separación de los sexos en general.
- g. dominio del varón con tendencia de los hombres a ser físicamente violentos con las mujeres.
- h. escasa supervisión de los adultos sobre los niños y frecuente uso de la violencia como recurso en el proceso de socialización.
- i. capacidad relativamente baja de los miembros de estas comunidades para controlar las emociones y aplazar la gratificación.
- j. umbral comparativamente bajo de rechazo a la violencia física
- k. formación de bandas callejeras encabezadas por los mejores luchadores y frecuencia de los enfrentamientos dentro y entre ellas.
- l. intenso sentimiento de pertenencia a “nosotros” (endogrupo) como grupo definido dentro de unos límites reducidos y correspondientes sentimientos fuertes de hostilidad al grupo de “ellos” (exogrupo) también definido dentro de unos estrechos límites.

Dos son las principales explicaciones oficiales de este fenómeno que se han propuesto y que parecen gozar de amplia aceptación: es provocado por la bebida y/o por la violencia en el campo de juego. Pero ambas tienen serias limitaciones y, en la medida en que contienen elementos parcialmente válidos, hay que insertarlas en un marco explicativo más amplio. La bebida, por ejemplo, no puede decirse que sea una causa significativa o “profunda” de la violencia de los hinchas al fútbol, por la simple razón de que no todos los que beben, ni siquiera abundantemente y de forma constante, participan en estas acciones violentas. Y tampoco

todos los hinchas desaforados y violentos beben, si bien es cierto que en las normas de masculinidad expresadas con su conducta un componente integral es el énfasis puesto no sólo en pelear, sino también en el mucho beber. De hecho, tales hinchas tienden a ser relativamente agresivos aun cuando no beben. De modo similar, la violencia durante el partido no va invariablemente seguida de acciones propias de estos grupos. Y tampoco todos los incidentes provocados por los hinchas fanáticos van precedidos de la violencia en el campo de juego.

El Informe Harrington, concluye en 1968 que existen pruebas que indican que los hinchas proceden principalmente de la clase trabajadora, con los problemas concretos característicos de las grandes ciudades y puertos industriales, donde se sabe de la existencia de subculturas violentas y delictivas.

Según Suttles (1968), el rasgo dominante de toda comunidad caracterizada por una “segmentación ordenada” son los grupos de personas del mismo nivel social, misma edad y mismo sexo integradas en “bandas callejeras”. Tales grupos, arguye este autor, parecen “desarrollarse con toda lógica a partir de la fuerte acentuación en las clasificaciones por grupos de edad, la separación entre sexos, la unidad territorial y la solidaridad de raza”. En otras palabras, la clasificación por grupos de edad, la separación entre sexos y la identificación territorial parecen ser los determinantes estructurales sociales internos decisivos.

Otra de las explicaciones que se desarrollan en el grupo de Leicester sobre las causas de la acción violenta está en relación con los medios de comunicación. Dunning, (1988) evidencia que durante las dos décadas anteriores a la I Guerra Mundial el tratamiento informativo sobre este tipo de conductas violentas alrededor del fútbol fue breve y riguroso. Este panorama cambió drásticamente desde finales de los años cincuenta y principios de los sesenta debido al tratamiento sensacionalista dado a este fenómeno por parte de los medios de comunicación, amplificando los incidentes violentos. Las motivaciones comerciales y lucrativas en la tarea periodística resultaban cada vez más evidentes. La violencia se estaba convirtiendo en un buen negocio para vender más periódicos en una industria notablemente competitiva (Dunning 1988, pp. 244-245)

Modelo Psicosocial de John Kerr.

El modelo psicosocial de John Kerr (1994) surge de la integración de la Teoría de la Inversión de Apter (1982, 1989) y del modelo de Manipulación de Tono Hedónico de Brown (1991). El modelo de Kerr al integrar estos dos modelos no sólo permite explicar las conductas violentas sino que además permite establecer una propuesta de intervención.

La teoría de la inversión de Apter (1982, 1989) es una teoría motivacional y de personalidad que se basa en la alternancia o inversión entre pares de estados metamotivacionales, estos estados metamotivacionales son estructuras mentales que van a guiar a las personas en su modo de interpretar las causas o motivos en un momento dado. Estos estados no van a determinar las causas o afectar necesariamente al comportamiento, sino que están interesados en como interpretan ellos sus motivos. Cinco son los conceptos básicos de esta teoría, estado metamotivacional, biestabilidad, tono hedónico, *arousal* y marcos protectores.

Existen cuatro pares de estados metamotivacionales que están pensados para coexistir separadamente dentro de lo que se conoce como sistema biestable, siendo esta biestabilidad la base de la Teoría de la Inversión, donde una inversión serían los cambios que tienen entre los estados metamotivacionales operativos en uno de estos pares.

El concepto de *arousal* hace referencia al grado de excitación, diferenciándose dos tipos, el *arousal* sentido y el *arousal* deseado. El tono hedónico, por su parte, hace referencia a la interpretación positiva o negativa que se hace del *arousal* sentido, cuando se experimenta un tono hedónico positivo la situación es percibida como agradable o placentera, cuando es negativo se percibe dicha situación como desagradable o displacentera. Así, podemos imaginar un continuo donde cada estado metamotivacional se sitúa en uno de los extremos y donde un sujeto variara de un estado a otro dependiendo de las circunstancias, el nivel de *arousal* del sujeto y la interpretación de dicho *arousal*, por lo tanto, un sujeto con un elevado *arousal* sentido, pero un bajo nivel de *arousal* deseado, tendrá una interpretación de su tono hedónico negativa (displacentera) de modo que tenderá a buscar situaciones que consigan un equilibrio entre *arousal* sentido y *arousal* deseado.

El concepto de marco protector hace referencia a las emociones negativas que pueden ser experimentadas como positivas si se dan en un estado paratético, lo que permite explicar el disfrute de algunas personas cuando hacen *puenting* o cuando ven una película de miedo. De entre los cuatro pares de estados metamotivacionales solo dos de ellos muestran una relación con la violencia, son el par tético/paratético y el par negativismo/conformidad. Una persona en estado tético es típicamente serio, orientado a una meta, tiende a planificar sus actuaciones con antelación y éstas están relacionadas con su futuro, tienden a preferir experiencias de bajo *arousal* sentido. Una persona en estado paratético lleva a cabo comportamientos impulsivos y orientados a la sensación, no planifican sus acciones ni tampoco consideran las consecuen-

cias futuras de las mismas. Cuando el estado negativismo esta operativo las personas suelen ser rebeldes, obstinadas, inflexibles, provocativos, sienten una fuerte necesidad de romper las reglas o de reaccionar en contra de una imposición ajena. Cuando el estado operativo es la conformidad las personas suelen ser cooperativas, conformistas y suelen cumplir fácilmente las reglas y requerimientos.

Las personas tienen tendencia o predisposición a pasar la mayor parte del tiempo en uno u otro de los estados metamotivacionales. Son varias las investigaciones que relacionan estos estados con la elección del deporte practicado y con la violencia. Así, Summer y Stewart (1993) estudiaron el papel de los estados tético y paratético en el modo en que los atletas experimentan el estrés. Kerr (1989) estudió el papel de estos mismos estados en la elección del deporte que se practica. Vlaswinkel y Kerr (1990) estudiaron la relación que existe entre el estado negativismo y la práctica de deportes de alto riesgo además de la relación de dicho estado y la práctica de deportes individuales. Kerr (1991) relacionó el estado tético con deportes de resistencia y el estado paratético con deportes de riesgo. Braathen y Sveback (1992) relacionaron el estado negativismo con deportes de raqueta. Kerr (1994) relacionó los estados paratético y negativismo con la violencia en el deporte tanto en deportistas como en espectadores y la violencia con la práctica de deportes de contacto.

Apter (1982), comprobó que existen unas características asociadas con el estado tético y paratético y la preferencia por un distinto nivel de *arousal* en cada estado. Cuando un sujeto tiene un tono hedónico positivo (interpretación de la situación como placentera) se encuentra relajado en el estado tético y excitado en el paratético. De igual modo, cuando el tono hedónico es negativo el sujeto en estado tético se encuentra ansioso y aburrido en el paratético.

ESTADO TÉLICO	ESTADO PARATÉTICO	
Tono hedónico negativo (ansiedad)	Tono hedónico positivo (excitación)	Elevado nivel de <i>arousal</i>
Tono hedónico positivo (relajación)	Tono hedónico negativo (aburrimiento)	Bajo nivel de <i>arousal</i>

Figura 11. Relación entre estado tético paratético, tono hedónico y nivel de *arousal*.

Generalmente existen desigualdades o discrepancias entre el arousal preferido y el sentido lo que va a provocar estrés en los individuos y que bajo ciertas condiciones los altos niveles de *arousal* en el estado tónico y los bajos en el paratónico pueden ser tolerados.

Los estados tónico/paratónico y negativismo/conformidad se relacionan entre si dando lugar a cuatro combinaciones distintas: conformidad tónica, negativismo tónico, conformidad paratónica y negativismo paratónico. Estos son cruzados a su vez con el *arousal* sentido y el tono hedónico dando lugar a ocho emociones diferentes.



Figura 12. Las ocho emociones generadas por la combinación de los pares de estados tónico paratónico y negativismo

Los resultados obtenidos sobre *arousal* preferido y *arousal* experimentado conducen a la acumulación de esta tensión, pudiendo ser estresante. Estos sentimientos desagradables se producen con frecuencia por condiciones monótonas o situaciones no estimulantes y aburridas que se pueden encontrar en trabajos que son repetitivos (Terkel, 1973; Cox, 1985).

Parece ser que las personas que delinquen y las que comenten actos propios de *hooligans*, quizás lo hacen para escapar del aburrimiento y alcanzar así el estado metamotivacional en el que el *arousal* sentido que experimenta se corresponda con el deseado, que en el estado paratónico sería un arousal elevado.

Para los jóvenes aburridos e insatisfechos, robar coches, eludir la responsabilidad, provocar disturbios y cometer otros actos delictivos proporciona una sensación inmediata en forma de excitación. Como Apter (1989) apuntó, este tipo de delincuentes, pueden ser vistos como jóvenes en estado paratélico, que tienden a tomárselo todo –incluso aquellas cosas que para otros serán serias, como el riesgo o peligro físico o el ser arrestados– como un juego agradable, de modo que obtiene una excitación inmediata y sensaciones gratificantes, siendo generalmente su estilo de vida espontáneo y sin planificación hacia el futuro.

Brown (1991) realizó trabajos sobre adicciones humanas, alcoholismo y juego. Este autor basa su trabajo en un modelo denominado Manipulación del Tono Hedónico, según el cual, las adicciones, sean a sustancias como a conductas siguen un mismo curso. Este modelo es de carácter psicológico y recoge los conceptos de la Teoría de Inversión de Apter (1982). Para Kerr (1994) la persona, al comienzo, es vulnerable a la adicción y va mejorando la calidad de su tono hedónico, adquiriendo mas compromisos con la violencia, el hecho de fantasear con actos violentos eleva su arousal, llevándole a participar en más actos así como a asumir más riesgos, lo que va a hacer que aumente su nivel de arousal. Cuando ya se ha adquirido la adicción los periodos de tiempo de inactividad producen síndrome de abstinencia. Para Kerr (1994), los *hooligans* buscan la sensación de placer inmediato, es decir, las sensaciones producidas por el sistema paratélico, Kerr intentando analizar las estrategias de categorización realizadas por Apter (1992) obtuvo dos experiencias de elevado arousal: la estrategia del hincha donde encontramos un ambiente festivo, banderas, pancartas, bengalas, trompetas, tambores, etc. y las estrategias del *hooligan*, los hinchas violentos se ajustan al sistema paratélico, donde unos niveles de alta activación proporcionan sensaciones placenteras y una baja activación aburrimiento, de este modo el hincha violento recurre a estrategias para elevar su arousal, como evitar y provocar a la policía, arremeter contra hinchas de equipos contrarios y usar indumentaria distintiva.

Javaloy (1996) señala algunas carencias en estas estrategias, no tenidas en cuenta por Kerr en sus investigaciones, como la facilitación social, el consumo de alcohol y otras drogas así como el uso de armas. También señala que la violencia no tiende a producirse por igual en todos los deportes siendo los deportes de equipos los que más violencia generan, y que se dispara si el grupo de hinchas se encuentra excitado y como respuesta impulsiva.

Las estrategias de intervención propuestas por el modelo de Kerr son tres: reubicación en actividades socialmente aceptables, hallar nuevas alternativas de actividades reforzantes y regeneración de viejas actividades reforzantes.

CONCLUSIONES

En este trabajo hemos pretendido aportar una visión general y global de las teorías y modelos de la violencia en general así como de las más específicas referidas al ámbito deportivo. A la vista de las mismas se hace evidente las aportaciones y relaciones que se vinculan a ambas.

En primer lugar, podríamos considerar la relación entre las teorías de influencia social y el modelo del Grupo de Leicester, al argumentar la gran influencia que los medios de comunicación ejercen en los jóvenes, amplificando la relevancia de los acontecimientos violentos y produciendo que los jóvenes violentos sean los protagonistas de las noticias deportivas.

A pesar de estar en desuso, la Teoría Sociológica de Taylor (1971) y Clarke (1973, 1978), y la Psicología Social Etnogénica de Marsch (1982) presentan relación directa con las teorías sociológicas que explican la violencia de un modo general. Así, por ejemplo, la Teoría de la Privación Relativa considera que cuando la satisfacción real queda bloqueada y las expectativas continúan creciendo, el desnivel se hace intolerable dando lugar de este modo a las revoluciones (Davies, 1962). Del mismo modo, Taylor (1971) considera la violencia en el deporte como un intento por parte de la clase obrera por restablecer el control de un deporte que antes les pertenecía. Es decir, las expectativas de control son excesivamente elevadas para la satisfacción real que se genera, y este puede ser un factor concomitante con los acontecimientos violentos. Marsch (1982) afirma que la violencia es consecuencia de una búsqueda de estatus social; la relación con la Teoría de la Privación Relativa se hace evidente, las personas comparan su estatus social con el estatus de otros grupos y si la percepción subjetiva de esa diferencia es grande surge un descontento que les lleva a la acción violenta como medio para solventarla.

También podemos establecer una estrecha relación entre los trabajos de Cloward y Ohlin (1960) y el Grupo de Leicester. La explicación subcultural de Cloward y Ohlin (1960) enfatiza ciertas características de los grupos de personas con conducta desviada del mismo modo que lo hace Dunning (1988) para describir a la afición violenta del fútbol. Ambas explicaciones vinculan a los grupos violentos con jóvenes de clases desfavorecidas y dificultad para ascender en la escala social. El Grupo de Leicester presenta también relación con las teorías de control social, como la teoría de Hirschi (1969) ya que ambas teorías aluden al control social (presencia de la policía) para que se produzca un acto violento.

La Teoría de la Inversión de Apter (1980,1989), que se encuentra integrada dentro del Modelo Psicosocial de Kerr (1994), basa el comportamiento violento en

los estados metamotivacionales paratético y negativismo. Las características propias de estos estados (impulsividad, orientación al momento, necesidad de romper las reglas, inflexibilidad o la no aceptación de requerimientos impuestos por los demás), se asemejan a las características de la dimensión extraversión de la teoría de personalidad de Eysenck (1955) donde la conducta desinhibida del sujeto es una de las características principales, esto nos permite relacionar ambas teorías. Además, tanto Eysenck (1957,1967) como Kerr (1994) utilizan el concepto de *arousal* y de tono hedónico para la explicación de la conducta. Para ellos, la relación entre nivel de *arousal* y tono hedónico es curvilínea, de modo que existe un nivel óptimo por encima y por debajo del cual el sujeto presenta niveles crecientes de incomodidad. Esta Teoría de la Inversión de Apter (1982,1989) presenta una clara relación con el trabajo de Jones y Heskin (1988) ya que estos autores incluyen el concepto de estado metamotivacional en su explicación de las conductas violentas. Los actos delinquentes van a influir en los estados metamotivacionales de la persona y éstos a su vez influirán en la realización o no nuevos actos delictivos.

El Modelo de Manipulación del Tono Hedónico de Brown (1991), una de las fuentes del Modelo Psicosocial de Kerr (1994), presenta una clara fundamentación con la teoría de Bandura y Walters (1963) ya que el proceso de adicción se produce debido al reforzamiento positivo obtenido al llevar a cabo esa conducta.

En segundo lugar, se pueden establecer relaciones entre las teorías específicas de violencia en el deporte. El Grupo de Leicester se basa en la Teoría Sociológica de Taylor (1971) y Clarke (1973, 1978) para describir a los hinchas violentos incluyéndolos en grupos sociales de clase obrera desfavorecida y con trabajos no especializados. Éstos son enmarcados en los definidos como lazos segmentarios por la Escuela de Leicester. Ésta escuela basa en la Psicología Social Etnogénica de Marsch (1982) la explicación de los jóvenes en búsqueda del estatus social que no consiguen en su vida cotidiana y que lo encuentran en las acciones violentas a las que acuden.

También el Modelo Psicosocial de John Kerr (1994) puede relacionarse con la Teoría Etnogénica de Marsh (1982) ya que en los estados paratéticos la violencia simbólica incrementa la excitación. También se puede relacionar con el Grupo de Leicester porque argumentan que en las sociedades más avanzadas hay menos oportunidades de estimulación para los individuos.

Como se ha señalado anteriormente, el modelo de John Kerr (1994) es un modelo basado en las necesidades individuales de lograr estados específicos de excitación. De este modo, Kerr explica los comportamientos violentos como un intento de cubrir estas necesidades de estimulación y entiende que en el contexto del fútbol estos comportamientos están gobernados por la convergencia de indivi-

duos con las mismas necesidades metamotivacionales. Sin embargo, este modelo presenta una serie de deficiencias, (1) no se ha encontrado ningún atributo individual que prediga fiablemente la participación en disturbios; (2) no puede explicar como y porque, en el contexto del fútbol, la violencia se convierte en un comportamiento de masas. A pesar de estas críticas el modelo Psicosocial de John Kerr (1994) es actualmente el más adecuado ya que nos permite –con limitaciones– describir, explicar y predecir comportamientos violentos.

BIBLIOGRAFÍA

- Allport, F. (1924). *Social Psychology*. Cambridge Houghton Mifflin.
- Anshel, M. H. (1990). *Sport Psychology: From theory to practice*. Scottsdale. AZ: Gorsuch Scarisbrick.
- Apter, M. J. (1982). *The experience of motivation: The theory of psychological reversals*. London: Academic Press.
- Apter, M. J. (1992). *The dangerous edge*. New York: Free Press.
- Asch, S.E. (1952). *Social Psychology*. New Jersey: Prentice Hall. (Traducción al castellano, *Psicología Social* . Buenos Aires: Editorial Universitaria de Buenos Aires, 1962)
- Bandura, A y Ribes, E. (1980). *Modificación de conducta. Análisis de la agresión y la delincuencia*. México: Trillas.
- Bandura, A. (1973). *A social learning analysis*. Englewood Cliffs. NJ: Prentice-Hall.
- Bandura, A. y Walters, R.H. (1963). *Social learning and personality development*. Nueva York: Holt, Rhinehart y Winston.
- Barnett, S. A. (1967). Attack and defence in animal societies. In C.D.Clemente y D.B. Lindsley (Eds.), *Aggression and defense: Neural mechanisms and social patterns* (Brain Function, Vol. V, pp.35-56). Los Angeles: University of California Press
- Baron, R. A. (1977). *Human Aggression*. New York: Plenum.
- Baumeister, R.F, Smart, L. Y Boden, J.M. (1996). Relation of threatened egotism to violence and aggression: The dark side of high self-esteem. *Psychological Review*, 103, 5-33.
- Berk, R. (1974). *Collective Behavior*. Dubuque: Wm. C-Brown.
- Blumer, H. (1951). Collective behavior. In Lee, A. (Ed.), *Principles of Sociology*. New York: Barnes y Noble.

- Blumer, H. (1975). Outline of collective behavior. En R. Evans, *Readings in collective behavior*, Chicago.
- Braathen, E. T., y Sveback, S. (1992). Motivational differences among talented teenage athletes: the significance of gender, type the sport and level the excellence. *Scandinavian Journal of Medicine and Science in Sport*, 2, 153-159.
- Brown, R. I. F. (1991). Gambling, gaming and other addictive play. In J. H. Kerr y M. J. Apter (Eds.), *Adults play* (pp 101-118). Amsterdam: Swets y Zeitlinger.
- Clarke, J. (1978). Football and working class fans: tradition and change. In R. Inghem (Ed.), *Football hooliganism: The Wider Context* (pp. 37-60). London: Action Imprint.
- Clarke, J. (1973). *Football hooliganism and the skinhead*. Birmingham: Centre for Contemporary Cultural Studies, university of Birmingham.
- Clarke, R.V.G. (1977) Psychology and crime, *Bulletin of the British Psychological Society*, 30 (p.p.280-283).
- Cloward, R. y Ohlin (1960). *Delinquency and opportunity* . New York: Free Press.
- Cohen, A.K. (1955). *Delinquent boys: the culture of the gang*. New York: Glencoe.
- Davies, J. (1962). Toward a theory of revolution. *America Sociological Review*, 27, 5-19.
- Davies, J. (1969). The J-curve of rising and declining satisfactions as a cause of some great revolutions and a contained rebellion. In H. Graham y T. Gurr (Eds.), *The history of violence in America*. New York: Parager.
- Delgado, J. M. (1969). *El control físico de la mente*. Madrid: Espasa Calpe.
- Dunning, E. (1986). Lazos sociales y violencia en el deporte. En N. Elias y E. Dunning, *Deporte y ocio en el proceso de civilización* (pp.271-293). Madrid: Fondo de Cultura Económica.
- Dunning, E., Murphy, P. y Williams, J. (1988). *The Roots of Football Hooliganism. An Historical and Sociological Study*. London : Routledge and Kegan Paul.
- Durán, J. (1996). *El vandalismo en el fútbol. Una reflexión en la sociedad moderna*. Madrid: Gymnos.
- Durkheim, E. (1985). *Les regles de la methode sociologique*. [Traducción al castellano, *Las reglas del método sociológico*. Barcelona: los libros del Plon, 1983]
- Echeburúa, E. y Corral, P. (1998). *Manual de violencia familiar*. Madrid: Siglo XXI.
- Espinete, A. (1991). La conducta agresiva. *Aguzkilore*, 5, 29-40.
- Eysenck, H.J. (1964). *Crime and Personality*. London: Routledge and Kegan Paul. [Traducción al castellano, *Delincuencia y Personalidad*. Madrid: Morova, 1976]

- Festinger, L., Pepitone, A. y Newcomb, T. (1952). Some consequences of de-individuation in a group. *Journal of abnormal and social psychology*, 47, 382-389.
- Freud, S. (1921) Psicología de las masas y análisis del yo. S. Freud, *Obras completas*. Madrid: Biblioteca nueva.
- Glueck, W. y Glueck, E. (1956). *Physique abd Delinquency*. New York: Harper and Row.
- Goottfredson, M.R. Y Hirschi, T. (1990). *A General Theory of Crime*. Stanford: Stanford University Press.
- Guiddens, A. (2001). Delito y desviación. En A. Guiddens, *Sociología* (pp.265-316). Madrid: Alianza Editorial
- Harrison Matthews, L. (1964). Overt fighting in mammals. In J.D. Carthy y F.J.Ebling (Eds), *The natural history of aggression* (pp. 23-32). New York: Academic Press, Inc.
- Hernández Mendo (2003) (Coord.). *Psicología del Deporte (Vol.1): Fundamentos 1*. Buenos Aires (Argentina): Tulio Guterman (<http://www.efdeportes.com>).
- Hernández Mendo, A. y Gómez Jacinto, L. (2003). Comportamiento de las masas en el deporte. En A. Hernández Mendo, *Psicología del Deporte (Vol.1): Fundamentos 2* (pp. 135-164). Buenos Aires: Tulio Guterman (<http://www.efdeportes.com>).
- Hernández Mendo, A., Molina Macías, M., Pérez Mazuecos, G., Estrella Colomo, A., Gálvez Cordero, P. Y Ortega Alcántara, I. (2001). Violencia en el fútbol: una reseña bibliográfica. *Lecturas: EF y Deportes. Revista Digital*, 29. <http://www.efdeportes.com/efd29/violenc.htm>. [Consulta: 27 de diciembre de 2001].
- Hirschi, T. (1969). *Causes of Delinquency*. Berkeley: University of California Press.
- Javaloy, F. (1996). Hinchas violentos y excitación emocional. *Revista de Psicología del Deporte*, 9-10, 93-102.
- Javaloy, F., Rodríguez, A. y Espelt, E. (2001). *Comportamiento colectivo y Movimientos Sociales*. Madrid: Prentice Hall.
- Jones, R. y Heskin, K.J. (1988). Towards a Functional Analysis of Delinquent Behaviour: a pilot study. *Counselling Psychology Quarterly*, 1, (1), 35-42.
- Kazdin, A.E. (1986). *Tratamiento de la conducta antisocial en la infancia y la adolescencia*. Barcelona: Martínez Roca.
- Kerr, J. H. (1989). Anxiety, arousal and sport performance: An application of reversal theory. In D. Hackfort y C. D. Spielberger (Eds.), *Anxiety in Sport: An*

- international perspective* (pp. 137-151). New York: Hemisphere Publishing.
- Kerr, J. H. (1991). Arousal- seeking in risk sport participants. *Personality and Individual Differences*, 12 (6), 613-616.
- Kerr, J. H. (1994). *Understanding soccer hooliganism*. Milton Keynes, UK: Open University Press.
- Le Bon, G. (1895). *The crowd: A study of the popular mind*. London: Ernert Benn
- Lemert, E. (1972). *Human Deviance, Social Problems and Social Control*. Englewood Cliffs: Prentice Hall.
- LeUnes, I. D., y Nation, J. R. (1989). *Sport psychology: An introduction*. Chicago: Nelson-Hall.
- Marañón, G. (1951). Personalidad y endocrinología. En *Obras Completas* (Vol. 3, pp.717-731).Madrid: Espasa-Calpe.
- Marsh, P (1978). *Aggro: the illusion of violence*. London: Dent and Soons.
- Marsh, P (1982) El orden social en las tribunas de los estadios de fútbol británicos. *Revista internacional de Ciencias Sociales*, XXXIV (2), 279-288.
- Merton, R. (1957). *Social Theory and Social Structure*. Glencoe: Free Press. [Traducción en castellano, *Teoría y estructuras sociales*. México: Fondo de Cultura Económica]
- Montalbán, F.M. (1997).Comportamiento de grupo. En L. Gómez y J. Canto, *Psicología Social*. Madrid: Pirámide.
- Moscovici, S. (1976). *Social Influence and Social Change*. London: Academic Press. (Traducción al castellano, *Psicología de las minorías activas*. Madrid: Morata, 1981).
- Ovejero, A. (1997). El individuo en la masa.: *Psicología del comportamiento colectivo*. Oviedo: Nobel, D.L.
- Reicher, S.D. (1984). The St. Paul's riot: An explanation of the limits of crowd action in terms of a social identity model. *European Journal of Social Psychology*, 14, 1-21.
- Reicher, S.D. (1987). Crowd behaviour as social action. In J.C. Turner, M.A. Hogg, P.J. Oakes, S.D. Reicher y M.S. Wetherell, *Rediscovering the social group: A self-categorization theory*. Oxford: Blackwell.
- Reicher, S.D. (1996). The Battle of Westminster: developing the social identity model of crowd behaviour in order to explain the initiation and development of collective conflict. *European Journal of social Psychology*, 26, 115-135.
- Rutter. M. y Giller, H. (1983). *Delincuencia juvenil*. Barcelona: Martínez Roca.

- Sanmartín, J. (2002). *La mente de los violentos*. Barcelona: Ariel.
- Sheldon, W.A. (1949). *Varieties of Delinquent Youth*. New York: Harper
- Sherif, M. (1936). *The Psychology of Social Norms*. Nueva York: Harper.
- Silva, J.M. (1979). Assertive and aggressive behaviour in sport: A definitional clarification. In C. H. Nadeau, W. H. Halliwell, K.M. Newell and G. C. Roberts (Eds.), *Psychology of motor behavior and sport- 1979* (pp. 199-208). Champaign, IL: Human Kinetics.
- Silva, J.M. (1981). Normative compliance and rule violating behavior in sport. *International Journal of Sport Psychology*, 12, 10-18.
- Smelser, N. (1962). *Teoría del comportamiento colectivo*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Summers, J., y Stewart, E. (1993). The arousal performance relationship: examining different conceptions. In S. Serpa, J. Alves, V. Ferreira y a. Paula-Brito (Eds.), *Proceedings of the VIII World Congress of Sport Psychology* (pp. 229-232). Lisbon, Portugal: International Society of Sport Psychology.
- Sutherland, E.H. (1949). *Principles of Criminology*. Chicago: Lippicott.
- Szegal, B. (1985). Guerra y paz en los animales y en el hombre. En Lorenz, *Hombre y animal*. Barcelona: Orbis.
- Tajfel, H., Billig, M., Bundy, R.P. y Flament, C. (1971). Social categoritation and intergroup behaviour. *European Journal of Social Psychology*, 1, 149-178.
- Taylor, I. (1971). Football Mad: A Speculative Sociology of football Hooliganism. In E. Dunning (Ed.), *The Sociology of Sport* (pp.352-377). London: Frank Cass.
- Tenenbaum, G., Stewart, E., Singer, R. N. y Duda, J. (1997). Aggression and Violence in Sport: An ISSP Position Stand. *The Sport Psychologist*, 11, 1-7.
- Thirer, J. (1993). Aggression. In R. N. Singer, M. Murphey y L. K. Tennant (Eds.). *Handbook of research on sport psychology* (pp. 365-378). New York: Macmillan.
- Thomas, W. y Thomas, D. (1928). *The child in America*. New York: Knopf.
- Tripett, N. (1898). The dynamogenic factors in pacemaking and competition. *American journal of Psychology*, 9, 507-533.
- Turner, R.H. y Killian, L.M. (1957). *Collective behavior*. Englewood Cliffs: Prentice Hall
- Turner, R.H. y Killian, L.M. (1987). *Collective behavior*. Englewood Cliffs: Prentice Hall

- Valverde (1988). *El proceso de inadaptación social*. Madrid: Popular.
- Vlaswinkel, E. H., y Kerr, J. H. (1990). Negativism dominance in risk and team sports. *Perceptual and Motor Skills*, 70, 289-290.
- Zanjoc, R.B. (1965). Social facilitation. *Science*, 149, 269-274.
- Zimbardo, P.G. (1970) The human choice: individuation, reason and order versus desindividuation, impulse and chaos. In W.J. Arnold y D. Levine (eds), *Nebraska Symposium on Motivation*, vol. 17. Lincoln: University of Nebraska Press.